

Clarín

Precio del ejemplar
\$ 0.10

Buenos Aires, Enero 6 de 1920

Año I — N.º 11

Hombres sinceros



Entre lacayos:
—¡La igualdad! camarada, ¡la igualdad!... ¿Porque se disfrazan tantos
compañeros de patrones, de ministros, de parlamentarios?

Ateneo Universitario

Fundado en Abril de 1914

EL ATENEO UNIVERSITARIO es una institución de estudios, absolutamente desvinculada de la política—en cuanto esta es sólo función electoral— y de todo sectarismo partidista.

Se propone estimular los estudios de interés general que traspasan los dominios de las especializaciones científicas, profesionales y técnicas.

Organiza anualmente un curso de conferencias, y lleva a cabo entre sus socios, ciclos intensivos de estudio.

Maipú 126

Los socios activos del Ateneo abonan una cuota mensual de dos pesos.

Se remiten folletos explicativos a quienes los soliciten.

Lea Vd.

NACHA REGULES

La última novela de

Manuel Gálvez

que acaba de aparecer

Es una obra que, por su tendencia, deben conocer todos los hombres liberales del país.

El ejemplar \$ 250 m/n.

Ediciones selectas

"AMÉRICA"

Cuadernos mensuales de letras y ciencias

Número suelto 0.20

Av. Montes de Oca 1700

BUENOS AIRES

Máximo Gorki

La vida y la obra del gran escritor y revolucionario ruso han sido estudiadas con profundo conocimiento y admiración por Alejandro Castiñeiras en un libro que Vd. debe conocer.

El análisis de la vigorosa personalidad de Gorki ha dado ocasión a Castiñeiras para que dé a conocer el ambiente revolucionario ruso que hoy interesa el mundo entero.

En todas las librerías

a DOS pesos m/n

(Publicación de la Cooperativa Editorial Buenos Aires)

COOPERATIVA

ARTISTICA

Materiales finos para artistas. Grabados, aguafuertes y modelos.

Marcos de estilo. - Artículos generales para ingenieros, arquitectos y dibujantes. - Copia para planos.

CORRIENTES 641-47

U. T. 2858 - Avenida

Colegio Internacional de Olivos

(Premiado con medalla de oro en la Exposición Universal de San Francisco de California)

Director: FRANCISCO CHELIA

Alumnos pupilos, Medio pupilos y externos - Enseñanza secundaria y primaria
Incorporado al Colegio Nacional - Se preparan alumnos durante las vacaciones

Este Colegio, uno de los más perfectos internados de Sud América, está admirablemente ubicado sobre las barrancas de Olivos, en una extensión de cuatro manzanas, con vista al río. Amplios jardines, campo de Football, canchas de pelota, etc. Dormitorios, comedores y clases construidas según las más modernas y mejores disposiciones al respecto. Gabinetes de física, química e historia natural.

A dos cuadras de las estaciones de

OLIVOS (F. C. C. A.) y BORGES (F. C. B. A. y R.)

Número del teléfono: 90, Olivos

Clarín

PUBLICACION SEMANAL DEL ATENEO UNIVERSITARIO

APARECE LOS MARTES

Suscripción semestral: \$ 2 m/n. Número suelto: 10 cts.

No se atienden pedidos que no vengan acompañados del importe correspondiente

Redacción y Administración

Maipú 126 - Buenos Aires

Clarín

Aparece los martes

REVISTA SEMANAL

Redacción y Administración
MAIPU 126

El interior

por

J. C. Del Giudice

CONSOLIDADA nuestra organización nacional sobre la base de un federalismo que distaba mucho de ser lo que en materia política se expresa como sistema de autonomías reales, la vida institucional de la República, quedó sujeta, diríamos, a un unitarismo de hecho, falso, caro y denigrante para la conciencia nacional y para las provincias que a él se han doblegado.

En realidad, dominado el caudillismo, representación exacta del espíritu federal del siglo pasado, el espíritu de civilidad del interior se encontró inferior en desarrollo al de la Capital Federal. Por otra parte, el régimen de representación nacional, quitaba a las provincias los espíritus más amplios, traídos a la capital para formar parte del parlamento y terminando en ésta por ingresar en ministerios y hasta obtener la presidencia de la República, cuando no se le encomendaban negociaciones o consulados en el exterior, o cargos en la jurisprudencia.

Así, en el desenvolvimiento, de lo que debía constituir el espíritu político de las provincias, se les fué privando de lo que era médula y centro irradiador de ideas amplias; los que podían actuar no sólo en situaciones locales, sino esparcir sus visiones en la cátedra o en la prensa.

Por otra parte, el industrialismo, e trabajo inteligente, la labor obrera, se ensanchaban en la Capital Federal, por obra y gracia de su situación geográfica y de su calidad ahora de centro de acción de la República. Ello traía, junto con la mano de obra extranjera, la semilla de las necesidades y de las ansiadas reformas sociales, con los idealismos y métodos que en Europa habían comenzado a surgir vigorosamente a mediados del siglo pasado. La vida ciudadana, agitada, nueva, febril, matizó todas las actividades de la ciudad; los problemas sociales comenzaron a estudiarse de diverso modo en las facultades, en la propaganda popular con fines políticos; partidos proletarios se organizaron sintetizando el nuevo anhelo, surgió toda una ideología en las producciones literarias y una característica en ciertos periódicos. Ante el surgir inesperado y rápido de las nuevas teorías que pugnaban, contra un régimen humano, visiblemente injusto y falso, los espíritus viejos o los adheridos a prejuicios de hondas raíces, se enclaustraron en un conservadurismo que, poco a poco, tras la evidencia de sus pérdidas legales, se hizo terco, dogmático. También ese liberalismo, fácilmente

aceptado, aun cuando las situaciones económicas del país no habían permitido medir la verdadera razón de la tendencia, ni dar fe en sus conquistas eficientes, se hizo obtuso, fanático. Así terminó para la capital, aquel florecimiento ideológico, de la última mitad del siglo.

Pero, ante el avance, de este liberalismo que abiertamente rompía contra ese tradicionalismo, que el caudillaje había mantenido en círculo cerrado y sin delineamientos precisos, el espíritu del interior, fué fácilmente doblegado por los que buscaban fuera de la capital un apoyo para sus fuerzas, debilitadas. Trajese, entonces, por todos los medios, en impedir allí, donde las energías industriales aún no exigían la labor consciente, de aislar, de impedir la entrada de nuevas tendencias; se ejerció la presión clerical, se obstruyó la intensificación inmigratoria, se restringieron las garantías políticas y con todo ello se decretó muerte al desarrollo económico, a la explotación inteligente del suelo y del subsuelo, a la autonomía de hecho de las provincias.

Así, han cedido éstas su independencia indomable; así, han aceptado la mordaza que el poder centralizador, burgués, le ha impuesto. Intereses particulares, vocearán aún, dentro de las mismas autonomías, las ventajas de este estado de cosas; pero los hechos mismos, se encargarán de llevar tal empobrecimiento a las masas, tales vejámenes a las instituciones nobles que la reacción surgirá.

Es ya un mito, que conviene echar por tierra, este de la historia nacional con una visión exclusivamente porteña.

La historia de las provincias, de sus desarrollos políticos, tiene aún para aclararnos mucho en lo que respecta a su acción en la revolución y en la obra paciente de la organización.

Para los que pretenden obtener de la historia una visión del desenvolvimiento del alma de los pueblos, lo acontecido en el pasado, no puede aceptarse sino como paso ineludible, al que hay que asignarle todos las fuerzas, no sólo de las consecuencias, que la misma historia nos revela, sino de los antecedentes, de las visiones, de las causas momentáneas. La revolución de Buenos Aires, tendrá así el valor de haber convergido las aspiraciones ideológicas de todas las provincias, y así vemos actuar en ella con ardor y fe a hombres de todos los confines; la situación económica, consecuen-

cia de la situación geográfica, hizo madurar el fruto de la revolución, pero no fué nunca único centro ideológico, ya que las simples biografías nos evidencian las necesidades de difíciles viajes, que significaba desear adquirir una cultura superior; los verdaderos centros culturales, estaban inter-nados en América.

El caudillismo, ese fantasma de las guerras civiles, no era más que la expresión exacta de anhelos sentidos sinceramente en las provincias; y si se exteriorizó en forma salvaje y cruel, recordemos que en igual forma se les respondió. Es representación de una libertad instintiva que no cedió nunca a ninguna fuerza brutal, pero sucumbió a la astucia hipócrita y centralizadora.

Son éstos, hechos en que la juventud del país debe pensar, ante los tristes acontecimientos que a diario observamos de las autonomías provinciales mancilladas.

Acaso, dentro de los mismos estados, se organicen ya fuerzas opositoras. Ellas pretenden en un esfuerzo supremo, derrocar el nuevo régimen, que tan desvergonzadamente se yergue con la ignominia en el rostro; bueno les será pensar, que todos sus trabajos no cambiarán más que el amo; el mal, el enemigo feroz, está aquí, dentro de nosotros mismos; es esta incompreensión de la vida nacional y humana; es este abandono ante los que superponen sus pasiones a los más caros ideales. En este agotamiento de fuerzas, que terminará en el escepticismo más desecracionante, nos aislamos, nos desgajamos para que nos trituren mejor; ¿por qué en vez de mil esfuerzos espasmódicos, no obra una fuerza serena, consciente, uniforme?

Hermanos somos en una misma ideología, y nos ignoramos; quizás mañana, falsos rencores, astutos planes, lleguen a hacernos germinar la maldita simiente del odio.

Unámonos en una acción común; concretemos ideales, dejemos de lado los falsos ídolos del patriotismo, y hagamos de la patria un ambiente abierto a todas las libertades; luchemos porque ella exprese la igualdad humana ante todas las actividades, la inteligencia y el ingenio, el espíritu que fué y se immortalizó, herencia común, no arma particular; cultívemos nuestro espíritu, formemos nuestro arte, para que adquiera ent e nosotros este vocablo de patria su más noble acepción: la labor de un pueblo para contribuir con sus mejores energías al mejoramiento humano y al reinado del amor en el mundo.

Vosotros los pueblos de Occidente, que os suponéis tan libres, tenéis doblada la espalda bajo el peso atroz del nacionalismo.

Rabindranath TAGORE.

Asuntos universitarios

La zarandeada autonomía

por

Alfredo Colmo

EL concepto es grande. La expresión es sonante. La sugestión es casi mágica... Sólo falta establecer la ecuación entre el concepto y el hecho, entre la expresión y la realidad, entre la sugestión y el acto.

Autonomía universitaria... Es entre nosotros toda una obsesión. Ha sido materia de discursos ministeriales, hace ya más de cinco lustros. Inspiró a cierto expeditado y exacadémico y exdecano, hará una quincena de años, un proyecto de ley, que se tuvo el tino de hacer pasar por el contralor de una corporación más o menos técnica, como la de la «Asociación del Profesorado», donde logró el adecuado auspicio de fondo. Ha determinado más de una tesis universitaria en su pro. Y constituye como un leit motiv, más o menos inconsciente, y por eso mismo seductor, en la mayoría del público interesado en estas cosas, que, sin conocerla, la postula y llega a jurar por ella.

Hasta se la ha llevado a extremos decididamente condenables, y por virtud de una simple extensión lógica, que tiene todos los deméritos de lo así dialéctico y externo. «Si la Universidad debe ser autónoma, se ha pensado y dicho, las Facultades también deben serlo». Y surgió la consiguiente iniciativa en el seno de una de éstas, la de Derecho, tres lustros atrás, por obra de un miembro de la misma. Prohibida por el «Centro Jurídico» y por la asamblea de profesores de la aludida Facultad, bien poco le faltó para que arribara a imponerse.

Después de ello ha quedado su idea. En no contados profesores y consejeros es lugar común el de «defender» y «mantener» la autonomía de cada Facultad, que se admite como cosa indiscutible y evidente por sí misma. De ahí lo resuelto, por ejemplo, en la de Derecho, a propósito de la jubilación forzosa de los profesores que estuvieran al efecto en condiciones reglamentarias, dispuesta por el art. 80 de los nuevos estatutos universitarios: se desconoció tal precepto, pues se alegó que en él se violaba la ley universitaria, y se sostuvo que la interpretación de ella era asunto exclusivo de cada Facultad (observo, de paso, que no hay nada contrario a dicho artículo 80 en la ley referida; que tal jubilación forzosa dista leguas de una destitución, pues ésta es siempre individual y reviste carácter penal; y que la potestad de reglamentar una ley cualquiera corresponde al P. E. de la Nación, y jamás a ninguna entidad subalterna, administrativamente hablando, como la Facultad de Derecho).

Pero no quiero detenerme en esta autonomía de las Facultades. No es, por de pronto, ni siquiera imaginable como realidad legal: apenas si tienen éstas jurisdicción «policia» y «disciplinaria», pues en todo el resto sólo pueden «proyectar» (planes de estudio, temas de profesores, etc.), o resolver en primera instancia, ya que su dependencia de la Universidad es de lo más acentuado, y ya que, fuera de minucias, la Universidad, que es la única persona jurídica de la ley, ejerce funciones de fiscalización, de apelación, etc., que le sustraen casi todo en punto a iniciativa, a liber-

tad y a autonomía. Tampoco es concebible como realidad de hecho: ya he expuesto con algún detenimiento, en otra publicación (*Universidades o Facultades*), la suma de razones y motivos de todo orden contra la tendencia; y aquí me bastará apuntar que el motivo determinante de aquel movimiento de hace tres lustros, fué de lo menos universitario, de lo más crudamente egoísta (estribaba en la circunstancia de que la Facultad de Derecho costaba, por el exceso de sus entradas sobre sus salidas, la vida de otras facultades, cuando hubiera sido mejor aplicar todas sus rentas en beneficio propio).

Lo que así interesa es la otra autonomía: la «grande», la de la Universidad misma, que considero actualizada por la publicación de un libro de Ernesto Nelson, «Nuestros males universitarios», en el cual se aboga decididamente por ella, y a la que se mira como el «único» remedio de todos esos males.

He leído el libro con gusto: por ser de Nelson y por versar sobre una materia de mi predilección. Y declaro que estoy lejos de hallarme convencido.

Desde luego, hay que quitar del libro una serie de cosas, en sí bastante buenas, que no tienen que ver con el problema: lo cultural, en vez de lo profesional, lo educador del sentimiento y de la «verdad subjetiva» por encima de lo puramente intelectual, la movilidad de los planes de estudios, el aligeramiento de los exámenes (tan poco probatorios, tan brutalmente niveladores en lo bajo, tan aplastadores en lo individual), el cambio en las condiciones de ingreso (mediante pruebas de verdadera aptitud: de trabajo, de vocación, de general cultura, etc., que estén por encima de nuestros exámenes tan parciales y mentidos): todo ello es ajeno al asunto, al extremo de que es perfectamente posible en Universidades de estado, como ocurre por sobre todo en Alemania.

Limitada la controversia a la autonomía, hago constar que Nelson no da sino dos razones de fondo en su apoyo: el ejemplo de los Estados Unidos, y la acción espontánea de la libre concurrencia, que provocaría la consiguiente selección y la supervivencia de lo mejor.

El ejemplo de los Estados Unidos... Habría que demostrar, ante todo, me parece, la posibilidad de su imitación, adaptación o trasplante. Y ello no sería nada fácil. Esa autonomía universitaria es hija de modalidades psicológicas, propias de los sajones, de que nosotros carecemos poco menos que en absoluto: munificencia, iniciativa, horror del gobierno en cosas espirituales, afán por la cultura, etc. Fuera de ello, apunto estas cosas: no son contados aquellos que, como Lord Bryce, Thilly (el traductor de la obra de Paulsen sobre las universidades germánicas), Veblen, etc., se han quejado del caos universitario entre los norteamericanos; de otra parte, en la mayoría de los estados del Oeste las universidades son de origen «estadual» y se mantienen por concesiones y subsidios oficiales, por más que se les reconozca autonomía; además, las mismas universidades clásicas del Este

(Harvard, Yale, Princeton, etc.), se han modelado sobre el patrón de las alemanas; finalmente, de las quinientas y tantas universidades de los Estados Unidos, no alcanzan a un centenar las que realmente merecen el nombre de tales.

La libre concurrencia... Se arguye con ejemplos como los de los sastres y zapateros, o los de los Bancos... Observo que en unos casos y en otros se trata de intereses o subalternos o inmediatos, y no superiores ni mediatos como los universitarios...

No insisto en situaciones contrarias, como la del soberbio ejemplo de Alemania, donde la Universidad es, administrativamente, una repartición de Estado. Ni pretendo, claro está, que la nuestra sea buena y no pueda ser modificada. Lo que deseo es patentizar que el remedio no está en la autonomía.

Sostengo, así, que la libertad puede ser una gran cosa, como puede no ser más que una palabra, y hasta una mala palabra. La libertad es algo concreto, que no se concibe sino con relación a circunstancias dadas. Nada se hace, entonces, con invocarla indeterminadamente. Los criminales no son libres. Los dementes no son libres. Los incapaces no son libres. Por ese afán libertario, nuestros pueblos se emanciparon, son libres; y la mayoría de ellos es menos libre que antes, pues son los esclavos de sí mismos, de sus pasiones, prejuicios y torpezas, y además resultan esclavos de otros países que son sus permanentes acreedores, tutores, fiscales y en el hecho soberanos. La autonomía, en suma, es algo que se aprende, que se mama, que se siente, que se llora, que, en una palabra, se vive; y no algo que se adopta...

Véase lo que entre nosotros ocurre. Es rara la iniciativa, aun concerniente a cosas que nos tocan de cerca (una escuela popular, una conmemoración patriótica, una institución de caridad, etc.), en que no se exija contribución oficial o que no se termine por endosar al estado. No, no estamos en condiciones de suplir la acción del gobierno en muchas cosas, y menos en estas superorgánicas de la cultura superior: nuestras escuelas privadas, primarias y secundarias, son simplemente detestables; la municipalidad ha debido organizar ferias francas; las cooperativas agrícolas y demás medios rurales de defensa (contratos de arrendamiento, etc.), son de iniciativa oficial; ni siquiera resultamos capaces de proteger a nuestros menores; y la misma ley de quiebras, que ha sustituido la autoridad del juez por la de los acreedores interesados, es todo un desastre, pues éstos han trasuntado una impotencia y una inconducta simplemente ejemplares.

De otra parte, estamos en época de socialización y no de individualismo. No hay nada más condenado que el principio del *laissez faire*. De ahí que el estado se haya hecho cargo de toda una larga serie de cosas en aquel sentido: vías de comunicación, higiene social y urbana, salarios mínimos, trabajo a domicilio, pensiones a la invalidez, jubilaciones ferroviarias, contratos colectivos, etc., etc. Y de ahí la futura socialización de la tierra, los ferrocarriles, las minas y todos los elementos de producción. Fuera extraordinario que la socialización de nuestra época se hiciera sentir en lo que más inmediatamente siente y comprende la población, y se la abandonara en lo que no conoce ni vive.

Por lo demás, apunto que en el hecho nuestras universidades son autónomas. Y pregunto: cuáles son los beneficios que de ello han reportado?... Hubo que barrer con círculos y castas. Fué precisa, cabalmente, la acción del estado para que se introdujera en ellas un poco de aire y de luz.

No quiere esto decir que niegue cualquier autonomía. Soy partidario de la autonomía didáctica (libertad de enseñar, libertad de aprender), y de la autonomía científica (libertad de pensamiento); porque en ello el estado carece de opinión, por lo mismo que no tiene interés. Hasta deseo la autonomía económica: que cada universidad maneje por sí sus fondos y rentas, sin perjuicio de una acción meramente fiscalizadora del estado.

Pero ahí me detengo: la autonomía administrativa (confección de estatutos, nombramiento de profesores titulares, etc.), tenemos que ganarla, si somos capaces. Los tiempos del maná están muy remotos. La autonomía no se implanta: se conquista. Mientras tanto, la acción concurrente de la Universidad y del Estado, que mutuamente se contrapesan, entrañan una gran virtud: evitar los posibles abusos o monopolios de cualquiera de ambas entidades.

La guerra

por

Augusto Pi Suñer

Respondiendo a los afectos de simpatía y admiración que durante su corta estadía en Buenos Aires se le tributaron, el doctor Augusto Pi Suñer, apenas llegado a Barcelona nos ha enviado, para su publicación en «Clarín», el presente artículo.

Dicho trabajo forma parte de una conferencia pronunciada por el autor en el Colegio Nacional Mariano Moreno, la cual será publicada íntegramente, en la Revista de Filosofía.

NO es la organización desde arriba, contando con la constitución actual de la sociedad, quien puede garantizar la paz. Los gobernantes de todos los países, las clases ilustradas, todavía en su mayor parte, se someten a los intereses del capitalismo—recordad el manifiesto de los noventa y tres sabios alemanes—y el poder económico de unas pocas manos mueve a las naciones unas contra otras. El que no tiene, quiere tener: el que tiene, quiere tener más, en esta lucha desenfrenada tras el oro; se constituyen grandes grupos financieros que monopolizan la producción, organizaciones cada vez más fuertes, verdaderos Estados dentro del Estado político, al que llegan a romper y dominar; viene la competencia mercantil entre las naciones y es resultado lógico aspirar a la supremacía en el mundo, sino al dominio material conquistando territorios, colonias—siempre colonias—al dominio económico, interviniendo las naciones más débiles, que se dejan invadir por los intereses extranjeros, una colonización subrepticia! Es la fiebre del oro, del poder, que acentúa los antagonismos. El que corre anhelante tras la riqueza, si no siente el ritmo de su propia vida, menos sentirá el de sus semejantes! Han de ser soñadores, pero, al mismo tiempo, hombres conscientes de la realidad, aquellos que ven mejor que nadie la realidad; aquellos que piensan que el objeto de la vida es la vida misma y no un instrumento para la vida del dinero; han de ser los que no poseen, pero piensan, en cambio, los que deben infundir su ideal entre los que poseen y no piensan. Redimirán conciencias yacientes y salvarán a la Humanidad!

Cruel lección la de la guerra! Fecunda lección! Suicidio de las clases capitalistas al armar en provecho propio los pueblos hermanos! Antes, la guerra interesaba a unos pocos. Cosa de oficio! Hoy la guerra entra ahincada en el pueblo. Guerra, dice Leonhardt Franek, pronto está dicha la palabra; son cinco letras, pero qué contenido! Van los padres, van los hijos, van los maridos, van los amantes, van todos; los in-

teligentes y los estúpidos, los sabios y los ignorantes, los buenos, los malos, los obreros, los agricultores, los profesionales, los dependientes; todos dejan un hogar desolado, mañana dejarán mujeres o huérfanos desamparados. Y en la selección de la muerte, sucumben antes los buenos! Van los cobardes y los valientes; se aprende a despreciar la vida—la vida, que lo es todo—y a amar la violencia! Va entrando, en las largas noches de insomnio, entre el fango, el helor y los piojos, en las largas velas de facción, bajo el frío doloroso, en las marchas del verano, agobiados por el sol y sumido por el peso del equipo en los instantes ansiosos en que se espera la señal para lanzarse al asalto, sobre el terreno desnudo—que barren mil ametralladoras y el fuego de cortina, en la lucha salvaje en las trincheras, con la bayoneta, el cuchillo de matarife o la granada de mano; va entrando, hora tras hora, en el alma el

convencimiento del poder de las multitudes y de la eficacia de aquellas armas que los gobiernos pusieron en manos del pueblo. La guerra endurece, reanima instintos salvajes; pero enciende energías escondidas y aviva el espíritu! Y pone, el descontento, unas gotas amargas en los corazones: sabe el «peludo» que la esposa se afana trabajando que el hijo muere de inanición en las ciudades bloqueadas; a cada momento aecha la muerte y, tras la línea de fuego, queda la gente al seguro, que especula, que se enriquece con sus miserias. Y volverá mañana mutilado, incapaz para el trabajo y no se aceptarán sus servicios y las viudas sufrirán los dolores del hambre, y los huérfanos, que fueron desatendidos, se formarán en el odio a aquel estado de cosas que hiciera posibles tantos sufrimientos. Es la grave lección de la guerra que ha enseñado el invencible poder de los humildes, de los que no son nada más que unidades en número. Tantos millones de soldados! Pero, ¡hay del día, poderosos de hoy, en que estos soldados piensen y se organicen! Serán los que nada tienen, los que no se mueven por intereses económicos que les son ajenos; los que no saben ver un competidor en un hombre de otra tierra y otra lengua; que sienten sus males y conocen que los de otros hombres son los mismos males; los que engendrarán mañana o más tarde—es igual—la obra de la paz. Es en el momento en que el hombre llegue a su total capacitación, que desaparecerá la guerra. No sabemos si ahora. Es posible que no! Pero sí sabemos que será esto al trasmontar el régimen capitalista. Fatalmente—afirma Nicolai—la guerra desaparecerá. No es un sueño utópico; será esto al conseguir una etapa más en la evolución. Está hoy bastante madura la Humanidad? Puede organizarse la democracia consciente, honesta y justa? Pueden hallarse nuevas ba-

Premio internacional



No olvides que el honor del País está hoy en tus manos

Y bien, la guerra ha terminado y los antipacifistas cantan victoria y afirman convencidos que tras esta vendrán nuevas guerras, ya contenidas en germen en el tratado de Versalles. En bien posible. Lo prevee Nicolai—en su libro «La biología de la guerra»—al decir que es deber de los hombres cultos de todos los países, asegurar una paz justa; una organización del mundo que dé lugar a un equilibrio, a un tiempo estático y labil—tal un sér vivente—donde cada pueblo encuentre su adecuada norma de vida colectiva.

¡Qué drama en muchos espíritus delicados en los años de la guerra! Odiar la guerra, amar por igual a todos los pueblos en lucha y verse obligados a esperar ansiosos, hasta las postreras horas de la noche, cada día, el parte francés! Y formar, cálidamente, en uno de los bandos y celebrar las derrotas ajenas, sintiéndose con Romain Rolland «au dessus de la mêlée», admirando, amando a Alemania, pero deseando aún, por su propio bien, la total destrucción, el aniquilamiento definitivo de su poder militar, que la arruinaba, que la asesinaba, que la deshonraba!

Jaurés fué asesinado y el crimen queda impune; Liebknecht ha sido asesinado también. Nicolai escapó por los aires y ahora profesa fisiología, modestamente, en la Universidad de Agram. El desastre se ha cumplido! Rota la máquina infernal, cuyo triunfo hubiera retardado, por siglos acaso, la marcha triunfal de la humanidad, no está la obra terminada. Quedan oligarquías a combatir, intereses a destruir, bajas pasiones a sojuzgar, pero la tarea es ya más fácil. Muy posible es que en el actual tratado de paz, madure el germen de nuevas guerras, pero, con todo, el avance es portentoso. La Humanidad ha vivido siglos en estos cuatro años de pesadilla! Los pueblos cultos y libres soportarán mejor o peor la sacudida presente, pero entrarán, sin duda, en el nuevo orden de valores sin las violencias de los pueblos místicos e ignorantes. El porvenir es de la democracia organizada, el triunfo vendrá a la conciencia colectiva, al entrar en la nueva era, en la historia de la Humanidad.

Viene ahora el momento de responsabilidad de aquellos que no la tuvieron en la eclosión y conducción de la guerra. Sonó la hora del espíritu, dice también Frank—Libertad y Autoridad! Intervención inteligente y por los mejores. Infundir en el pueblo el sentimiento de su poder, pero también de sus deberes! Organizar, educar y transformar las bases económicas de la actual sociedad; que ningún hombre pueda acapararse aquello que pueda ser útil a los demás hombres: tierra, dinero, instrumentos de producción.

No serán las multitudes acéfas e ingenuas, las que con pacíficas y románticas profesiones impondrán las nuevas normas. No serán tampoco las dictaduras sangrientas y tiránicas de unos cuantos osados que oprimen a un pueblo primitivo; serán las democracias civiles, aquellas que, con instrumentos civiles, tirando ya las armas, acusarán definitivamente su voluntad. Digamos otra vez que no sabemos si ahora o dentro de mucho tiempo. Es el destino dichoso de la Humanidad. Eso sucederá cuando el hombre haya conseguido la plenitud de sus tiempos!

Trabajemos todos, trabajad los jóvenes para que ello se cumpla pronto, y entonces, naturalmente, y sin esfuerzo, como se da un fenómeno biológico—perdón maestro Unamuno—se nos dará la unidad moral de Europa y del mundo entero; la sociedad ideal de las naciones, nueva internacional que se ocupe de las relaciones de los pueblos y de las leyes generales a que haya de someterse la humanidad toda.

Carta abierta

Acerca de «Nacha Regules»

Señor doctor don Manuel Gálvez.

Mi querido amigo: Lo van a calificar a usted de maximalista. En nuestro país merece semejante título todo aquel que no admite como autoridad suprema de la República a esa entidad que llaman por puro «camouflage» Asociación del Trabajo. Merece también semejante pavoroso título todo aquel que no ensalce las inútiles campañas Pro Paz Social, llevadas a cabo en forma de Colecta por ensotados elegantes que han hecho de la modestia un deporte y de la exhibición su más caro ideal. Merece asimismo semejante pavoroso, horripilante título todo aquel que sintiendo lástima por la grotesca labor de la Liga, declare de modo escueto que, en la lucha entre el capital y el trabajo, introducir como cuña el sentimiento patriótico es bastardearlo y ponerlo interesadamente al servicio de la plutocracia. Escribo cuanto antecede porque su reciente obra—que es leída con singular afán entraña la condenación de cuantas manobras realian los consejeros para perpetuar un régimen de injusticia, de privilegio y de opresión, cuya única cualidad reside ahora en su tambaleo amenazante. Eso se va. Y se va empujado por el cúmulo de posibilidades de renovación que la guerra trajo consigo. Bien lo dice usted en el hermoso epílogo de «Nacha Regules».

Concepto muy acertado que en su último libro se haya eludido tratar de frente los problemas religioso y político. Aun las turbadoras preocupaciones morales de los personajes, que allí aparecen no giran alrededor de un dogma y ni siquiera alrededor de una creencia. En ese sentido «Nacha Regules» con la figura de Fernando Monsalvat, es la mejor respuesta, la más contundente, a aquella otra fuerte producción suya que provocó las iras del pintoresco normanismo criollo y que movió en defensa de los enchipados pedagogos—grave error a mi entender—la incensable puma de don Leopoldo Lugones. En la nueva obra no se habla de religión; Monsalvat sigue sencillamente los dictados de su conciencia y no apunta así en ninguna página el habitual principio trascendente o la propensión a la teleología que suele notarse en los autores católicos. De usted ya sabemos que sigue tal credo, mas hemos comprobado gozosamente que no figura entre los rígidos ortodoxos. Porque la ortodoxia exige—según se la entiende hoy—que la religión justifique por completo las iniquidades que la sociedad actual tolera y legítima. Su sentimiento religioso es, en consecuencia, muy respetable para nosotros; para mí especialmente. Digo para mí, pues, educado en un hogar católico, católico yo mismo en mi niñez y en mi turbulenta adolescencia, me he distanciado después sensiblemente de aquella fe que sintiera en los primeros años de la vida, y me encuentro más lejos que nunca del fanatismo clerical de algunos y del ateísmo come frailes de muchos. Es que tan pretensioso resulta afirmar como negar la existencia de algo extraño y superior a nosotros mismos. Por eso yo—y buen golpe de amigos colijo que se hallan en idéntica actitud—ni soy creyente ni soy ateo; yo, simplemente, dudo.

Ha apartado usted—repetiré—otro problema: el político. La trama, en virtud de ello, gana en interés novelesco, ciñéndose la «tendencia» de la obra a la defensa de la mujer caída y a despertar honda simpatía humana por los dolores de los que su-

fren miseria, que son, cabalmente, los que trabajan y producen. Póngese al descubierto así el hiriente sarcasmo del sistema capitalista. Su libro es un libro revolucionario. La gente adinerada que proclamaba hasta ayer sus raras virtudes de novelista, le escatimará los elogios a que es usted acreedor. Ya veremos a los diarios ricos, si usted continúa haciendo crítica social, fraguando a hurtadillas el inevitable complot del silencio. Ese complot del que usted y toda la muchachada joven del país se ríe ya a más y mejor; ese complot que no tememos los que alguna vez—con un poco de asco—nos hemos asomado a la ciénaga pestifera del periodismo nacional. Hombres argentinos, sanos de corazón, de cerebro bien organizado han evitado en ocasiones malquistarse con nuestro taimado cuarto poder. La generación nuestra parece que barre con tan torpe, cobarde prejuicio... Que sigan ellos batiendo el parche cotidianamente para el más cómodo reinado de la mentira; que sigan administrando hojas sin orientación o para conveniencia de parientes y de amigos. A eso denominan, con cinismo sin igual, «el apostolado de la prensa». La generación nuestra volteja tales ídolos de barro.

Yo bien querría, en otro orden de consideraciones, expresarle mi juicio acerca del volumen recién aparecido. Empero, me es imposible. Tanto me atrajo el asunto en sí, que olvidé aquilatar los valores literarios—de técnica y de estilo—que, sin duda, atesora «Nacha Regules». Quede para algún otro colaborador de CLARÍN la tarea de redactar la correspondiente nota bibliográfica.

Y pongo punto final, dejando en el tintero mil otras cosas de las cuales quise hablarle.

Crea, hoy como siempre, en el leal afecto de

José M. Monner Sans

Palabras de Anatole France

De un discurso pronunciado en un mitin de homenaje al pueblo ruso el 30 de enero de 1905.

«Yo no puedo dejar de admirar a nuestros nacionalistas. Esta gente es católica, militarista y capitalista y, por esto, tres veces internacionalista. Internacionalista por su religión cuyo jefe reside en Roma, internacionalista por sus capitales que no tienen patria, internacionalista por la fraternidad de las armas que une entre sí a los jefes militares de todos los ejércitos del mundo y acerca, sobre los cadáveres amontonados de los soldados, a los Stoessel rusos y los Nogí japoneses, que el emperador Guillermo, para mejor afirmar la hegemonía de Alemania sobre el universo armado, condecora a unos y otros con sus Águilas Negras. ¡Y ved a la gente que proclama sin cesar su culto sagrado a la patria! Pero, ¿quién no ve en realidad que el que se adorna con los nombres del nacionalismo y del patriotismo es la coalición de las potencias de reacción y de opresión del mundo entero, es la internacional de la servidumbre y de la violencia? A esta Internacional, cuádranos, oponed la Internacional de los proletarios, la Internacional de la libertad, del trabajo armonioso y de la paz.»

Caridad

por

Wifredo Solá

«El estado de pobreza no existe por la voluntad de Dios, sino por la desobediencia de los hombres.»

HENRI GEORGE

«No se debe esperar de la caridad quien siempre es vejatoria lo que se debe obtener por derecho.»

A. PI SUÑER

«La caridad es una extorsión que obliga al reconocimiento.»

W. S.

CARIDAD es vocablo que ha de borrarse del vocabulario del corazón; en Deber y en Derecho encuentra cabida y está su verdadero lugar. La afirmación es clara como el cristal; sólo es preciso entenderse sobre el significado de los términos. ¡Ah del día en que las gentes logren comprender el valor de los términos!; entretanto no hay manera de convencer a estos señores burgueses—no hay otro modo de nombrarlos y la palabra «debe»—que no existe Deber en el sentido que ellos quieren asignarle. No hay tal Deber de los ricos. No tienen los privilegiados más Deber de hacer caridad que los oprimidos Derechos de exigirle. Tenemos, sí, todos por igual, el Deber sagrado, ineludible, urgentísimo, de construir un sistema económico-social que haga innecesaria la Caridad. La Caridad es una vergüenza; la miseria es un crimen.

Caridad y Egoísmo, parece paradójico, constituyen diferentes aspectos de un mismo sentir, ya que la dádiva cubre siempre la ventaja de quien la practica. «Dad uno, que así guardaréis ciento», reaba cierto anuncio vergonzoso. Ved a los pudientes a añosos por disciplinar el sentimiento; empiezan ahora a concebir—a su manera, por supuesto—el Deber de los ricos frente al Derecho de los pobres. Es poco todavía. Por otra parte, los doctos de la Iglesia han confeccionado, de acuerdo con ellos, un Dios afecto a la pobreza; propalan por ahí que la pobreza debe existir porque fué creada por Dios. Sería, sin duda, para dar a los pudientes ocasión de ser caritativos. Repiten que la miseria ha existido siempre; desgraciadamente, es verdad; ello no significa que debamos cruzarnos de brazos, ni menos limosnear. Antes bien, debemos tratar por todos los medios de evitarlo; porque el mal es viejo y su práctica no ha dado otro resultado que dividir a los hombres.

Decía, no hace mucho, cierto predicador para justificar el sofisma, que bastaba mirarse en los orígenes del Redentor, todo miseria, toda humildad. Quiérese mayor sarcasmo que los obispos pregonando la pobreza de su Dios. ¿Por qué no le imitan pues? ¡Ignoran acaso que también Cristo contaba entre los oprimidos! Los buenos cristianos lo sabíamos, no lo habíamos nunca dudado.

Miseria, pobreza y, por sobre ello, humildad, tolerancia. Es demasiado. Alabemos, sí, las virtudes sublimes del Nazareno, pero no al ejemplo de los predicadores. ¡Ah el fariseísmo! Admirémoslas cuando la obra de justicia social se haya cumplido; mientras tanto, no llamemos Virtud a la Pobreza; en este caso, la Humildad es Traición y es Cobardía.

titud—y no por cierto en la Sinagoga—por haber donado unos terrenos. Ahora la Caridad a son de trompetas resultaría poco aristocrática, y ya se sabe que la práctica del bien suele ser privilegio de las personas refinadas; estas esquivan, por el contrario, las manifestaciones ruidosas, se avergonzarían acaso ante el homenaje de pie solicitado por monseñor; para ellos el son de trompeta debe tocarse por algo más apoyado y de mejor gusto, un nombre por ejemplo con que coronar la obra piadosa; es el Asilo Zulano para niños débiles o el premio Zutano a la Virtud—sin perjuicio, por supuesto, de que Zutano fuera de lo menos virtuoso.—Es la caridad bien entendida a que alude la sentencia; es caridad egoísta que se ejerce en primer término con el recuerdo del desaparecido; cuando no, más simplemente, con el porvenir del apellido; el «in memoriam» será la excusa amable que ha de inmortalizar el nombre en el frontispicio de la obra.

Por coincidencia que suele no faltar, el muerto en cuestión fué uno de tantos, en vida nadie le debió nada—con excepción, naturalmente, de su familia.—Así por el fácil y compensado esfuerzo de sus carita-

Prosas breves

LOS NIÑOS

¡Los niños son de Dios! Son vasos santos en los que debemos poner todas las flores de nuestro amor y todo el perfume de nuestras almas.

No dejemos que se marchiten nuestras ofrendas, no dejemos que caiga ni un sólo pétalo, no dejemos que el perfume se desvanezca.

Cuidemos de esos vasos sagrados que Dios puso tan cerca de nosotros, cuidemos de ellos, que en ellos está Dios.

RIE

Ríe niña mía, ríe en esta tarde que se va. Ríe pequeña. Desgrana tu risa como tu collar de cuentas de colores.

Ríe, ríe mucho. En mis brazos tiembla tu cuerpecito y te quiero mucho más. Ríe chiqueta de ojos azules, como las flores del lino que se humedecen y brillan en la sombra del atardecer.

Ríe, ríe siempre y no preguntes a la vida lo que ella no quiere decirte.

LA ESTRELLITA

¿Ves la estrellita que nos mira en esta tarde tan hermosa y tan triste? Yo creo que ha venido a acompañarnos, yo creo que conoce nuestras melancolías y que llora desde allí lágrimas que no veremos nunca.

¿Nunca?

Acaso sus lágrimas serán las flores que abrirán en la nueva aurora, acaso sus lágrimas serán la primera sonrisa que ilumine tu carita en la mañana, al despertar.

¿Ves que pequeña, que pequeñita es? Pues luego cuando la noche haya llegado, vuelve a mirarla; verás que es la más hermosa entre todas. La llaman... ¿Para qué quieres saberlo?

Una noche un hombre malo la llamó..., no diré cómo. ¿Por qué no dejar que cada uno le diera un nombre?

Tú la llamarías como a tu muñeca más querida. Y yo, mi pequeña chiqueta del alma, yo le daría tu nombre.

L. Viquendi de la Segura



tivos herederos pasará a la historia a su manera. El caso es semejante, aunque de mejor tono al de los anílistas que se largan a buscar pergaminos.

Y es que es de muy buen gusto lucir condados y donar Asilos.

Una tarde brumosa, con profunda vergüenza, «hice Caridad», alargando unas monedas a un tembloroso; mi acompañante que pertenecía a esa categoría de personas que han logrado disciplinar hasta el sentimiento, me objetó: «es un temblor finjido, no lo dude usted, y efectivamente, tratábase, al parecer, de una simulación de la clásica danza de San Luis. Yo le respondí, la banalidad del caso no me interesa, quisiera en cambio penetrar el drama íntimo de este hombre llevado al extremo de finjir un temblor; conocer el cúmulo de circuns-

tancias que habían presionado sobre su cerebro debilitado hasta determinar el fenómeno melodramático que presenciamos. Ya sé que me dirá usted que es un alcoholista, un degenerado; razón de más entonces para que el cuadro encierre su viso de verdad. «Sí señor, un bebedor vulgar que debía empezar por no beber, y eso nosotros no podemos evitarlos.

Yo insistí, amigo mío, las doctrinas huelgan, estamos ante un caso repugnante si usted quiere, pero no por eso menos trágico; no podemos esperar a que otros hagan caridad; este hombre no interesará a las señoras caritativas; es preciso actuar aquí e ingentemente.

«¿Cómo pues?»

Por hoy le daremos un peso para que se lo beba, mañana escribiré un artículo «avanzados».

Wifredo Solá

Por el camino infinito...

por

Carlos Astrada

EL efectivista Unamuno se ha pronunciado contra el «progresismo» del grupo «Claridad». Para combatir el falso concepto en que reposa la doctrina del progreso, ha entronizado el sofisma, no menos pernicioso, de asignar a las antinomias sociales un juego puramente mecánico que reduce toda su acción a un cambio de sujetos. Más adelante trataremos de poner al descubierto, analizándolo, el error en que incurre Unamuno; error que lo expone, a él que como buen afectivista tanto le gustan las cosas vivas (nos predica un Dios «vivo», posee una fe «viva» y practica la contradicción «viva»), a caer en las cosas muertas. Así, en lo que respecta a la contradicción, estaría reducido Unamuno a negar hoy lo que ayer afirmó para volver a afirmarlo mañana y tornar a negarlo pasado mañana; o sea el juego mecánico de la contradicción... No se trata, como vemos, de los rieles por los que aspira a correr el progresismo, según nos lo dice Unamuno, pero sí de algo semejante a la tragedia... mecánica del portugués del cuento que quería sacarse del pozo tirándose de las orejas.

Es que el recio y apasionado teorizador de las ideas, vengán ellas de cualquier punto del horizonte espiritual, suele reaccionar en forma contundente ante los problemas, como que es hombre que vive intensamente sus impulsos, ya con la verdad, ya con el error; más frecuentemente con sus «errores», siempre interesantes y sugestivos, que con sus «verdades», no menos inquietantes. Gusta de la contradicción y la paradoja, y las esgrime a diestra y siniestra; mas su paradoja no suele ser la fecunda paradoja de la filosofía y de la ciencia, que en estas es la forma en que se manifiesta por primera vez una verdad nueva.

Entrando a nuestro tema diremos que el manifiesto del grupo «Claridad» adolece algo del «progresismo» que le censura Unamuno. No obstante, cualesquiera que sean sus errores de doctrina, él da la pauta de la nobleza moral de Anatole France y sus amigos; el «viejo volteriano» afirma una vez más la inmarcescible juventud de su espíritu. En lo que respecta al progresismo, hace tiempo que Georges Sorel, en obras admirables, ha dilucidado el problema con amplitud y penetración nada comunes en los libros de índole económico-social; en forma clara y eficaz ha hecho la crítica de las «ilusiones del progreso» poniendo de manifiesto la inconsistencia e impostura del socialismo po-

lítico. La falacia del progresismo ha culminado en la democracia parlamentarista que, como es muy natural, hace las delicias de los socialistas socializantes. Sorel, al evidenciar la falsedad e ineficacia de la concepción progresista, y de todo su andamiaje político, nos muestra que otros son los caminos de la emancipación social. Mas la posición de Sorel y del moderno sindicalismo frente al problema social, no tiene nada que ver con la que adoptan los anti-progresistas a lo Unamuno que parece traducirse, a pesar de todas las apariencias en contrario, por un non agio. Unamuno no quiere percibir lo que se oculta tras la inadecuada expresión de las ideas del manifiesto del grupo «Claridad»; no se percata que se trata de una realidad psicológica cuya imperfecta formulación no disminuye en nada su trascendental importancia; que es un anhelo que responde al estado de alma de los hombres del presente que han sufrido el desgarramiento—¿y qué hombre no lo ha sufrido?—de la tragedia reciente. En sustancia lo que nos dicen los del grupo «Claridad» es que hay que trabajar por el advenimiento de una humanidad mejor. Para emprender esta magna obra debemos comenzar por aceptar los dictados del pensamiento—o sea crear la soberanía del espíritu. No otra cosa nos ha dicho, con su autorizada palabra de maestro y apóstol, el humanista Romain Rolland, centinela avanzado de la libertad.

Unamuno impugna las ideas del grupo «Claridad» tomando demasiado al pie de la letra su manifiesto. No hay que ver en la creencia del pacifismo iluso en el advenimiento de un estado social paradisiaco más que la esperanza—muy humana—que es el fondo dinámico de los ideales. La ilusión es propia de la psicología de todo ideal vivo que tiende a realizarse. No es posible decidir, a no ser dogmáticamente, sobre la verdad o el error de un ideal por lo mismo que éste cuenta más que con el pasado en que arraiga y el presente en que obra, con el porvenir que aspira a crear según la imagen de la esperanza que lo engendrará. En punto a fe en los ideales bien podemos decir con Renán que así como hacemos solos la belleza de lo que amamos, haríamos la verdad de lo que creemos. Contando con el porvenir, que es contar con los factores imponderables del espíritu, que en cada momento de su duración va elaborando lo nuevo con que se enriquece, lo que hoy es

sólo motivo de fe puede mañana realizarse como verdad. ¡Cuántas veces se ha repetido, en presencia de las comprobaciones de la experiencia, que las realidades de hoy son las utopías de ayer!

Es humano que los hombres en medio de sus arduas luchas ansien la paz. Aunque reconozcamos racionalmente que la vida es eterna lucha, acaso no podemos sustraernos por el ensueño de la fatalidad que implica perpetua paz, soñaríamos con la guerra. Antinomias del espíritu! Antinomias que son la trama misteriosa de la vida misma!

Unamuno critica burlescamente la ideología del grupo «Claridad» por no haber tenido en cuenta, según él, las antinomias sociales. Ante todo, en el manifiesto no se afirma que no existan antinomias. Lo que lo suscriben se expresan como si las antinomias no existiesen; pero esto no es eliminarlas deliberadamente. Después del bárbaro paroxismo, aunque, por otra parte, ellos mismos se apresten a guerrear por un ideal. Por lo demás, Unamuno, como lo decíamos al comienzo de estas líneas, cae en sofisma de reducir la acción de las antinomias a un juego puramente mecánico. Es dogmatismo, y no otra cosa, el no aceptar la posibilidad de una superación de las antinomias, en el sentido de que ellas puedan plantearse en un plano más elevado de la realidad social. ¿Por qué ciertas antinomias, ponemos por caso, han de manifestarse siempre en un complejo de fenómenos de índole puramente material y no han de poder transformarse en otras, superándose a sí mismas, y obrar en la esfera de los fenómenos de la vida moral? Dice Unamuno: «Cuando alguien, remendando una sentencia evangélica, dice, por ejemplo, que siempre habrá pobres y ricos, se nos ocurre replicarle: «sin duda; de donde no se deduce que usted haya de ser siempre el rico—pues él que dice esto suele serlo—y otro el pobre; que haya siempre ricos y pobres no quiere decir que unos ni otros lo sean de nacimiento, y no estaría de más un turno. Con lo que no se resolvería la antinomia, pero cambiaría de sujetos. Lo de que siempre habrá pobres y ricos se nos antoja una pseudo-antinomia. Se la puede justificar racionalmente, torturando la inteligencia y la lógica; pero no se la logrará asentar legítimamente en la razón aunque se la formule del modo más filosófico posible—y es de notar que algunos economistas inspirándose en esta pseudo-antinomia han hablado de una «filosofía de la riqueza» y de una «filosofía de la pobreza». Concedamos que sea una verdadera antinomia; en tal caso, siendo ella la formulación de algo enteramente empírico, de lo más transitorio y deleznable—los intereses de índole material—que puede darse en la vida del hombre y de la sociedad, no cabe pensar en la posibilidad de sustituirla, superándola, por una antinomia que responda a preocupaciones humanas de orden más elevado? Mas desde otro punto de vista podría pensarse en la solución—una solución sui generis—de ésta y de las otras antinomias sociales: así como la antinomia de la razón práctica se resuelve, según Kant, con la creencia en una vida futura, así las antinomias de lo que podemos llamar la razón social—que es también una razón práctica—se resolverían con la creencia en un estado social de relativa armonía y liber-

El pueblo ha adquirido a través de los siglos, una moralidad media, más alta, muchísimo más alta que la de los señores cardenales y obispos católicos que le invitan a la locura y al libertinaje dentro de los propios templos de Jesús.

ALMAFUERTE.

tad; o sea haciendo de la utopía una realidad espiritual. Esta solución, moviendo constantemente a los hombres en el sentido del ideal, implica la perennidad de la lucha. Tratar de que la utopía sea en nuestro espíritu realidad viviente es, por cierto, noble y humanísima tarea. Recordemos estas hermosas palabras de Anatole France, dirigiéndose a los estudiantes franceses: «...No temáis pasar por utopistas, no temáis construir en las nubes, forjad repúblicas imaginarias como Platón, Tomás Moro, Campanella, Fenelón. ¡Utopista! es la injuria acostumbrada que los espíritus limitados arrojan a los grandes espíritus, y con la que los hombres políticos persiguen a los soberanos del pensamiento.

En esta hora de graves responsabilidades, los hombres libres del grupo «Claridad», con su decidida actitud en pro de la libertad y la justicia, vuelven por los fueros del pensamiento soberano. Ante los desbordes y brutalidades del capitalismo ensoberbecido con su triunfo—pues en todos los países, incluso los neutrales, ha triunfado a excepción de Rusia, donde la revolución está dando buena cuenta de las pseudo-antinomias—el manifiesto de Anatole France y sus amigos es una clarinada que llama a los hombres al combate espiritual para afirmar la dignidad de la vida y su eterna belleza. No se trata de conquistar un estado social paradisiaco de absoluta paz, sino de superar esta mezquina forma de lucha, en el centro del sórdido materialismo que caracteriza a la civilización capitalista en todas las latitudes. Se aspira a que la personalidad humana, libertad de la degradante servidumbre económica, adquiera su legítima primacía sobre las cosas. Postular un estado social mejor no quiere decir, de ningún modo, que en él el hombre haya de colmar las ansias de su espíritu, solucionando definitivamente las dudas que lo atormentan. En vez de anegar sus inquietudes en una paz de muerte, se planteará con más intensidad, quizás, los grandes problemas del mundo y de la vida, y todos aquellos que atañen directamente a su naturaleza moral. Nuevos tiempos engendrarán preocupaciones aún no sentidas, y problemas nuevos se insinuarán a su sensibilidad siempre despierta.

Todo ideal, como que humanos sueños lo han generado, concibe una meta más o menos quimérica. Moviéndonos en la dirección que él nos señala, vamos interponiendo fatigas, decepciones y esperanzas entre el presente que es descontento y la quimérica meta que mientras más se aleja más nos alucina. Así el hombre, de frente al misterio, va marchando por el camino infinito de un combate eterno... No podemos lamentarnos de esta fatalidad desde que ella nos obliga a superarnos constantemente. La vida del espíritu, buscando con heroico afán su propia plenitud, engendra «la revolución eterna» de que nos habla Chesterton. Esta inquietud, esta inextinguible sed de perfección se ha expresado, mejor que en ningún otro, en el ideal anarquista. Nada de extraño tiene: la aspiración que entraña la concepción anárquica es a la vez centro luminoso del espíritu y numen de la historia.

Córdoba, diciembre de 1919.

De "Estrategia socialista"

De "Estrategia socialista"

«La Nación»—diario conservador—publicaba el 19 de diciembre un artículo de don Miguel de Unamuno, «De estrategia socialista», lleno de certeras críticas para la nescente burguesía y rebosante de observaciones atinadas para los hombres del «Reformismo», que hoy se enmascaran, orgullosamente, con carátulas socialistas. Léanse estos párrafos, aparecidos en las columnas del órgano de la Asociación del Trabajo, que lo es—por de contado—de la Liga Patriótica y de la Gran Colecta Nacional.

«Si en un momento dado el socialismo declara sus fines de guerra, su programa máximo—y esto es lo que originariamente quiso decir bolsheviquismo, sea hoy éste lo que fuere—la burguesía no se rendirá, no puede rendirse, y preferirá seguir luchando, y si aquél, por otra parte, busca una paz, o siquiera tregua, de compromiso con ella, las masas obreras se llamarán a engaño como no puede ser menos. Y los que hablan de soluciones de concordia no parece que tienen sentido histórico».

«Lo trágico de nuestro capitalismo es que cuanto más clama contra el socialismo revolucionario o contra el sindicalismo, menos lo conoce y cree que ignorarlo él lo han de ignorar los obreros. «Pero ¡qué es lo que se proponen esos hombres!» clama el capitalista. Y cuando aquellos hombres van a declarar sus propósitos se tapa los oídos poniéndose a gritar: «¡disparate! ¡utopía! ¡absurdo!». Y grita así para no oírlo. Si es que no saca el cristo del patriotismo. Todo menos enterarse de lo que le piden, como cumple a un hombre sereno y previsor, aunque sea la vida lo que le pidan. Hay centenares de libros en que se expone el socialismo integral y el sindicalismo y no quieren leerlos sin aspavientos. Burgués capitalista conocemos que ha leído una porción de esas llamadas refutaciones del socialismo, pero ninguna de las obras refutadas. «¡No, no quiero que me convenzan!» nos ha dicho; y aún éste menos mal pues sabemos de algún católico que perdió la fe de su infancia no más que leyendo refutaciones católicas de las obras de herejes y racionalistas.

«Las compañías de ferrocarriles han publicado aquí, en España, una nota oficiosa, de una candidez paradisiaca, en la que dicen que la jornada de ocho horas los obligaría a buscar 9.000 empleados más, lo que sería su ruina. Y parecen no querer darse cuenta de que es precisamente lo que llama su ruina lo que el sindicalismo busca el que tengan que abandonar sus empresas, y de tal modo que el estado se incaute de las líneas sin tener que indemnizarle por ello. Esto es lo claro. ¿Que resistirán a ello? ¡Claro está! Pero que resistan sabiendo a lo que resisten. Y que nadie se engañe creyendo en paz blanca, sin vencedores ni vencidos, ni en soluciones de eso que se llama concordia».

«Que con todo esto la productividad está menguando y encareciendo para todos la vida! Es muy posible. ¿Que una ola de pereza está recorriendo el mundo después de la gran guerra? Es muy posible. Y una ola de pereza mental también. Pero a nada de esto se hace frente con renovar procedimientos inquisitoriales, con proscibir como vitandas ciertas doctrinas—por radicales que sean,—con gritar, de modo que el sacerdocio antaño: «¡anatema! ¡anatema!», con vociferar que el socialismo internacionalista es antipatriótico y con perseguir ideas. Una ola de pereza recorre las masas tra-

bajadoras. Bueno, sí, pero una ola de locura, de locura, de terror pánico recorre a las clases que viven de explotar el trabajo ajeno.

El distinguido ciudadano que ocupa la dirección de la aludida empresa editorial recibirá—si continúa dando cabida a la colaboración del turbulento profesor vasco (agitador profesional)—las quejas de los señores Anchorena, Carlés y de Andrea: tres personas distintas y un solo propósito verdadero.

El conflicto de la Universidad de La Plata

LA Federación Universitaria de La Plata ha proclamado que lo que se discute en el actual conflicto, es la misma reforma universitaria, a la que dió contenido orgánico el Congreso de Córdoba de 1918.

La reforma universitaria, triunfante ya en las otras universidades nacionales—Córdoba y Buenos Aires—ha producido una irritante situación de desnivel entre ellas y la joven institución platense. Es un mismo espíritu—no hay derecho a dudarlo—el que anima a la juventud estudiantil de todo el país, pero es un mismo espíritu que está volcado en normas diferentes: amplias para Córdoba y Buenos Aires, y mezquinas para La Plata.

En las dos primeras universidades no se concibe hoy día, por ejemplo, que todo candidato estudiantil para los puestos directivos sea irremisiblemente derrotado, sin excepción alguna; ni se concibe, tampoco, que cuando los alumnos desertan de las clases, las autoridades concedan a los profesores cómodas licencias, con goce de sueldo, y exijan de aquéllos una prueba formal de la incapacidad del profesor, so pena de continuar manteniéndolo con el apoyo, si fuese necesario, de la fuerza pública.

Y para peor, las altas autoridades son enemigas declaradas de la reforma. En el primer tomo del Boletín de la Universidad pueden leerse opiniones terminantes, al respecto, del presidente Rivarola (pág. 58) y del decano Herrero Ducloux (pág. 118). También han manifestado su modo de pensar el decano Lafone Quevedo y los consejeros Aguilar y Grecco. Y ningún hombre joven del país ignora que el consejero Ricardo Rojas dirigió la campaña que se hizo desde «La Nación» en contra del movimiento universitario cordobés.

En este conflicto de La Plata, la prensa sería se ha bastardeado en servicio de los más bajos intereses personales, haciendo una campaña a base de calumnia pura y tergiversando los hechos en forma inconcebible.

Pero los estudiantes de La Plata confiamos en que el público sabrá distinguir por sobre tanta miseria y tanta mentira. El público de CLARIN, en especial, que sabrá vincular este maravilloso despertar idealista, que se manifiesta en la reforma universitaria, con el vigoroso despertar obrero, y cuyas fuerzas unidas darán al país días de mayor justicia y de más amor.

Luis H. Sommariva

La Plata, enero de 1920.

Subrayamos

Capítulos de Baroja

Transcribimos los siguientes capítulos de Pío Baroja, tomados de su libro «Las Horas Solitarias».

En lo que tienen de fundamental estas líneas parecen escritas en nuestro medio. Haga abstracción el lector, de nombres propios y creará que el gran escritor habla de nosotros.

La moral del maquillaje

EN San Sebastián no hay una armonía entre las costumbres y las ideas de los hombres ni de las mujeres.

Los hombres, en general, son insignificantes. En todas las ciudades de España el hombre produce una sensación de insignificancia extraordinaria, insignificancia que no está del todo en la raza porque en el campo el español tiene carácter, a veces demasiado carácter.

La mujer en estas ciudades está a la altura del hombre. En general da la impresión de un animal lascivo y religioso que hace cabriolas bajo el látigo del confesor. Sobre todo, las mujeres de la burguesía que no leen nada ni quieren enterarse de nada, ni creer en nada más que en lo que les dice el cura, tienen algunas un aspecto de actrices o de cocotas extraño. Usan las modas más excitantes, practican el maquillaje.

Por poco que uno haya viajado ha visto en hoteles del extranjero mujeres que se entretienen en encender los deseos de los hombres, pero generalmente son mujeres de cierta moral laxa, un poco pervertidas por la literatura, neuróticas, que buscan sensaciones.

Lo que indudablemente es absurdo es ver muchachas que se pintan y muestran sus atractivos y toman una actitud extravagante con el objeto de casarse y de ser después prebendas de una asociación piadosa. Maquillaje ad majorem Dei gloriam.

Es lástima que estemos en la época de los jesuitas estólidos y cerriles, porque si estuviéramos en el tiempo de los Moína, de los Escobar, de los Sánchez y de los demás maestros de la moral laxa de que habla Pascal en sus *Provinciales* hubieran hecho un entretenido estudio sobre el maquillaje, definiendo cuando se puede pintar una mujer los ojos, cuando los labios, cuando está legitimado ponerse un lunar, y este estudio, que estaría lleno de distinguidos y de reservas mentales, nos hubiera divertido.

Prácticamente el maquillaje con fines matrimoniales parece de poco resultado porque el señorito español no es generalmente un romántico que se lance al matrimonio con una muchacha extravagante, sino que pesa el pro y el contra y hasta se entera de la cuenta corriente, si es que la tiene la familia.

Entre las modistas y las chicas de taller se ve también algunas muy peripuestas y algo maquilladas, pero si alguien las dice

Los estados mayores de los ejércitos durante la paz, mientras los pueblos laboran por el amor y el bien, estudian la manera de aniquilarlos y destruirlos.

Vicente MEDINA.

alguna galantería, no sonríen, como sonríe una francesa, con alegría y con gracia, sino que se muestran desdeñosas o contestan de una manera áspera y desagradable.

Se ve que el aire de modernidad y de suavidad de las chicas de este pueblo es aparente.

En estos jóvenes denostiarra, como en las muchachas, late la timidez y la torpeza ancestral de una raza que ha vivido aislada.

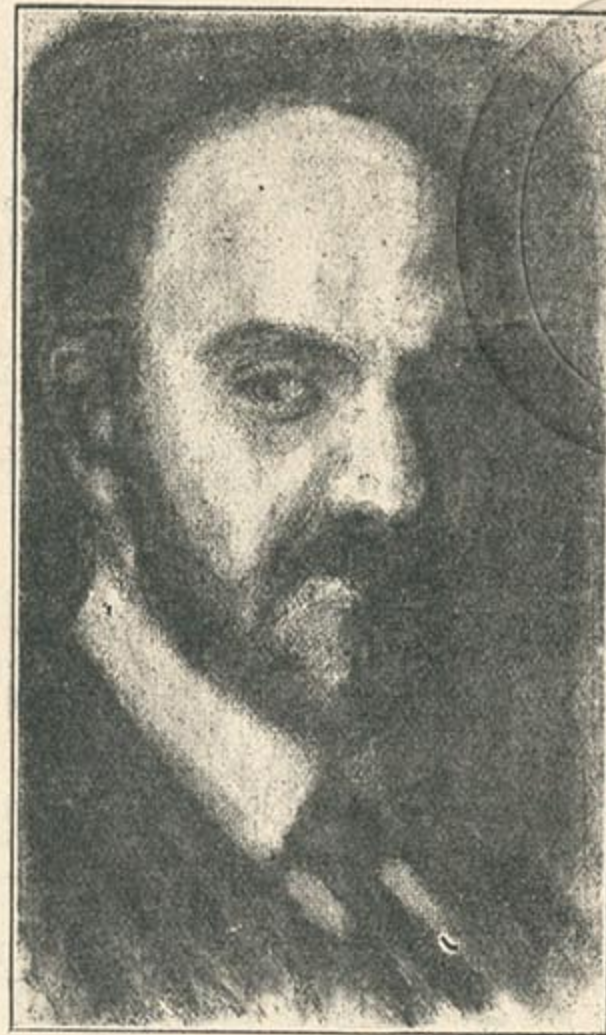
La seriedad española no nos permite dar a las cosas de la moda su verdadero valor, las hacemos en seguida transcendentales y serias. Y es que debajo del español aparece siempre el cura.

El maquillaje debe tener su moral. Practicarlo con otro fines de los naturalmente suyos parece un poco absurdo.

Las clases

Una de las palabras que se emplea mucho en San Sebastián es la palabra «clase». «No es de su clase». «Sí es de su clase». Se ve cómo el sentido aristocrático se desarrolla en los pueblos nuevos.

Este sentido aristocrático es en San Sebastián especial, a la americana.



Carbón de Antonio Sibellina

En San Sebastián apenas quedan familias antiguas, tradicionales. Pueblo que se quemó casi por completo en 1813 y que hoy tiene sesenta mil habitantes, ha ido creciendo con elemento advenedizo.

El donostiarra considera que la clase elevada se forma con el dinero de los padres. En los abuelos ya nadie se fija; pero a pesar de esta facilidad de ser aristócrata, no por eso el aristocratismo es laxo, al revés.

Este brote de aristocratismo es general en todos los pueblos que crecen. Larra en su tiempo se lamentaba de que en España, en Madrid, no se sintiesen las clases sociales. Larra en esta cuestión era un tanto cursi, como decimos ahora; se puede tener talento y ser, en ciertas cosas,

un pobre hombre. El caso de Balzac, empuñado en ser aristócrata, es de los más característicos.

Yo no soy demócrata de estos del voto y del sufragio, pero me parece muy bien que no haya clases sociales mientras las clases sociales no ofrezcan alguna ventaja. Una clase debe poder defenderse por algo. Somos los magos que estamos estudiando las formas en que se manifiesta la divinidad. Somos los adivinos o somos las vestales. Somos la familia de los Hipócrates que estudia la medicina en la isla de Cos. Muy bien. Estas agripaciones tenían un objeto y podían pedir un privilegio. Pero, qué objeto pueden tener unos cuantos aristócratas o psulo aristócratas reunidos en un gran hotel, en compañía de unos americanos ricos, de unos cuantos políticos chanchulleros de Madrid y de algunos navieros bilbaínos? ¿Por qué va a tener privilegios esta gente? ¿Qué utilidad nos presta a los demás?

Ni siquiera son capaces de dar el tono de las modas o de las costumbres. Esto sólo bastaría ya para tener por ellos consideración, pero no están a la altura de las circunstancias. No tienen, tampoco, sentido social; instinto de dirigir; gastan su su dinero rñosamente, y miran con temor y con suspicacia a las gentes que no tienen medios.

Desde la familia real, con su aire burgués, hasta el marqués pontificio, la aristocracia española es fundamentalmente rampóna.

La verdad es que a pesar de lo que se habla, los aristócratas cada vez tienen menos prerrogativas y llegarán a no tener ninguna.

La desigualdad de la naturaleza es la que va ganando terreno. La juventud, la belleza, la inteligencia, la fuerza, eso es lo único que ya puede tener privilegios, y eso no es exclusivo de ninguna clase.

La vida elegante

Una señora medio francesa, madama X, me ha dicho varias veces que debía escribir algo de la vida elegante, aristocrática.

Esto de la vida elegante y aristocrática no es una cosa muy clara. Que hay elegantes no cabe duda; gente, en general, desocupada, rica, que se viste bien, va perfumada, etc.; que hay aristócratas tampoco cabe duda, pues sabe uno que este señor se llama el conde de Tal y esta señora la marquesa de Cual; pero como todos ellos no viven de la misma manera, hay que saber en qué consiste la vida elegante y aristocrática.

Indudablemente uno de los caracteres del elegante, como del aristócrata, es contar con el tiempo. Para esto es necesario disponer de alguna fortuna.

Encontramos la primera condición del elegante: ser rico.

Entre los ricos hay personas que tienen aficiones exclusivas: los hay políticos, los hay coleccionistas, los hay bibliófilos. El hombre que tiene tales aficiones ya en grado fuerte, empieza a estar muy ocupado y deja de ser elegante.

Segunda condición del elegante: ser desocupado.

Entre los ricos desocupados hay algunos capaces de pasiones fuertes, violentas, que los alejan de la vida social. Estos tampoco pueden ser elegantes.

Tercera condición del elegante: no ser apasionado.

Entre los ricos, de ocupados y fríos, puede haber—lo da esa clase de vida—hombres inteligentes, de una visión clara, un poco irónica, de las cosas; pero éstos se hallarán siempre fuera del lugar y desagradarán a los demás.

Cuarta condición del elegante: no ser inteligente.

Entre los ricos, desocupados, no apasionados y no inteligentes, puede haber gente cándida, de buena fe, pero como estas condiciones han de producir risa, el elegante deriva hacia la malevolencia.

Quinta condición del elegante: no ser bondadoso ni cándido.

Ahora, mi querida madama X, ¿creará usted que cuando veo un conjunto de personas ricas, desocupadas, no apasionadas, no inteligentes y que tienen malevolencia en vez de candidez y de buena fe, no se me ocurre acercarme a ellos? ¿Creará usted que la única palabra que me viene a la boca es la palabra de Cambronne?

Usted dirá que soy un salvaje. Cierto. Que soy un hombre incivil. Es probable. Lo que no cabe duda es que no soy el hombre más a propósito para ser un escritor de la vida elegante.

Del cuadro urbano

A caza de maridos

DETENGAMOSNOS, lector, ante este «cine» que es el más lujoso del barrio. Ha terminado la función familiar—según rezan los programas—y la gente sale. Es decir, los primeros que salen son los langostones de bastón, con cuerito y pulsera en el antebrazo, que se apostan en el hall como una doble hilera de estacas. Luego aparecen las familias: las «chicas» delante, detrás los «papás». Fijémosnos en las jóvenes. Lo primero que se observa es una resuelta, desafiante impudicia. Las escasas telas que cubren—¿qué cubren?—sus trajes son vaporosos, transparentes. La Eva de nuestros días ha superado a la bíblica en aquello de estar y no estar desnuda. La moda actual es una evolución de la hoja de parra. No es necesario mayor esfuerzo visual para dominar un conjunto de apetitosas desnudeces: hombros, brazos y pechos no hablemos de las pantorrillas—se exhiben sin economía. Lo único que ocultan es la cara, bajo la costra de carmín y de engrudos perfumados.

Pero esta es la impresión estática. Paseemos a la dinámica, que es más interesante.

Veámoslas caminar, si caminar puede llamarse a ese bamboleo de gaucho carnavalesco. Los seis centímetros de tacó que sostienen el busto, imparten a las formas una turgencia forzada, que se acentúa aún más con el movimiento cadencioso de los muslos. La sexualidad del candome o de la danza primitiva se resume en ese contoneo rítmico. Sin embargo, lo escandaloso no está allí. Está en que ellas no ignoran lo que suscitan, y rivalizan en el refinamiento de ese lenguaje a los sentidos. Díganlo, sino, los lechuguinos que bordean la salida. Se presiente en los pobres un presuroso derretimiento bajo el corsé que los oprime.

Ahora bien: si fuéramos a desmenuzar estos aspectos superficiales, llegaríamos a conclusiones que no pueden menos que entristecer a un espíritu culto. Remontarse a la génesis de los mismos es pronunciar la condenación irremisible de la mujer. Y a ello llega tan fácilmente—tan lógicamente, diríamos mejor—que basta enunciar el factor esencial para que los otros se desprendan de inmediato. Tal es la ligazón consecuenente que los une. La educación familiar, la complicidad de la sacristía, la unánime com-

placencia del sexo opuesto, son los primeros términos que aparecen conspirando contra la joven. Y sin embargo, no son más que asteroides que gravitan en torno de la estrella central: la carencia de libertad económica. Toda nuestra cacareada civilización, ¿qué ha hecho en pro de la elevación social de la mujer? Nada. Cierto que la mujer ha sufrido las inevitables reformas de remolque, de adaptación a nuevas costumbres que sólo atendían a lo externo. Pero en sus relaciones con el otro sexo, en su condición civil dentro del régimen societario, ¿ha variado, desde que el mundo es mundo, su función de dependencia? Duro es confesarlo, pero apártese apariencias de detalle y en la mujer de hoy se descubrirá la esclava de ayer. Por de contado que esto no es absoluto, afortunadamente. Hay excepciones, escasas, pero las hay en todas las clases. Y, naturalmente, las hay más en la clase proletaria. Con todo, no nos ilusionemos demasiado. También la obrerita, la que sabe lo que es producir y valerse de sus medios, tiene su curva fatal. La tara es muy grande y el contragolpe intelectual pequeño. Además, el acicate secular, el prejuicio del matrimonio—contrato burgués, venta simulada que tiene la agravante pretensión de ser moral—produce su encantamiento de ensueño. Significa liberación, ¿qué gran mentira!, y a su conquista se lanza la joven azuzada por el látigo funesto: ¡Sociedad! ¡Extraña, entonces, que a esa única obsesión, a ese constante anhelo encadene la joven su acción y su pensamiento? ¿Pueden sorprender, acaso, su afán de ostentación, de lujo desmedido, de exhibicionismo bochornoso? Y volviendo a los burgueses del «cine», a aquellos «papás» pesados y reumáticos cuyo vestuario rumboso no logra disipar el olor a trastienda: ¿no se explica que asistan impasibles al mercado y babeen de placer ante la expectación que provocan las exuberancias carnosas de sus hijas? El círculo es completo. Las piezas de ese mecanismo, aparentemente complejo, se desmontan con la facilidad de un juguete de niño.

Llegados aquí no cabe más que preguntarse si esta culpable inferioridad femenina ha de perpetuarse indefinidamente. Pregunta sencilla, si la hay, que encierra un problema insoluble. Seríamos optimistas si notáramos en el enfermo disposición a la cura, o dicho más claramente, si poseyera la mujer capacidad y voluntad para independizarse. Pero no las posee ni hace por poseerlas. Y aún si las poseyera habría que vencer la tenaz, sistemática oposición del hombre, la otra rueda motora del mecanismo. Y esa es una muralla insalvable, como que la construyó el instinto. Venimos educados desde el embrión con el concepto de la hembra instrumento y del macho soberano. A pesar de todo, quizá una legislación apropiada, en un régimen diferente del actual, acelerara algo el cambio. Pero nos quedan dudas. Los siglos edifican en mármol y el esfuerzo humano es un suave «venticello»...

Eugenio Gallina Rolli



Tiros al aire

Triste realidad

PARA nuestros «colegas» de «La Epoca», «La República», etc., transcribimos aquí—sin comentarios—el comienzo de un célebre soneto titulado «Un escritor ministerial», del poeta boliviano Manuel José Cortés:

«—Bla, te doy un destino si primero confiesas francamente ser pollino
—Jumento, por mi mal, me hizo el destino, y no medio jumento, sino entero.
—Ya que eres un borrico tan sincero, a escritor de gobierno te destino;
Salgan la necesidad y el destino en copioso raudal de tu tintero.»

El fantasma

En el sanatorio de tuberculosos de Santa María (Córdoba), produjose días pasados un movimiento de resistencia, contra no sé qué disposiciones de la Dirección.

«La Nación» afirma que tal suceso se debe a la presencia de agitadores profesionales entre los enfermos recluidos.

Esta noticia—que casi podría creerse una broma del travieso inflador de telegramas—revela, elocuentemente, el estado de ánimo de la dirección del rotativo.

Un crimen forestal

Sarmiento fué el introductor del eucalipto en el País y, por desgraciada ironía, en la avenida que lleva su nombre se está realizando la salvaje tarea de talar los preciosos ejemplares que la adornan.

Quién sabe qué profundas preocupaciones de simetría pueril atormentan al actual director de paseos.

Fácil sería demostrarle al nesciente funcionario que la vida de cada uno de esos árboles es mil veces más preciosa que la suya.

Juzgue, pues, la magnitud de su crimen.

Modas que vuelven

Con motivo de las próximas elecciones ha de ponerse nuevamente en moda el comentario al talento del doctor Salinas, tema que, por demasiado «visto», ha caído un poco en desuso.

Palermo

El calor que estos días nos llevara al hermoso paseo, trajo a nuestra memoria la feliz observación de Rusiñol:

«Palermo, el paseo de moda, es el parque a donde todas las tardes van los coches y los automóviles a servirse mutuamente de espectáculo, a verse unos a otros, y a echar cuentas de la riqueza, como en una teneduría del sube y baja de las fortunas, según los caballos de carne y los caballos de bencina, los trajes y los cocheros y los sombreros...»

Golpeando el bombo

A ciertos jovencuelos que alrededor de una simpática revista han constituido la inevitable «Sociedad de Elogios Mutuos», les recomendamos como tema de meditación las siguientes palabras de Anatole France:

«Las medianías son ensalzadas por las medianías que las rodean, honrándose con su encumbramiento.»

Ediciones "Virtus"-Florida 32
U. T. 3894, Av. - Buenos Aires

CeDInCI



ab imo
péctore